

Reseña

Oscar Madoery

Espacios de la política. Cartografías, geoculturas y geopolíticas americanas.

Primera edición. Rosario: Fundación A. Ross, 2020. 214 págs. Prólogo de Carlos Vilas.
ISSBN 978-987-792-017-8

Reseña de Martín Saballes
Universidad de Buenos Aires

Oscar Madoery es politólogo y doctor en ciencias sociales, con una rica experiencia en desarrollo territorial; dirige el doctorado en Ciencia Política de la Universidad Nacional de Rosario, Director de la Escuela de Ciencia Política y es profesor e investigador titular de esa universidad. Sus múltiples obras conjugan una sólida formación teórica con una amplia perspectiva latinoamericana; su pensamiento y su práctica se encuentran fuertemente arraigadas en las realidades sociohistóricas, políticas y culturales de nuestras sociedades, en diálogo crítico e incisivo con otros enmarcamientos teóricos y otros procesos.

Espacios de la memoria presenta la relación entre espacio, política y cultura en un ejercicio de pensamiento situado como crítica a lo “global homogéneo” como toma de posición epistemológica. Lo *universal*, sostiene Madoery a través de toda la obra, es lo universal *europeo*, producto de la expansión colonial-imperialista del capitalismo europeo a partir del siglo XVI. El libro que puede ser leído como una continuación de su anterior *Los desarrollos latinoamericanos y sus controversias* (publicado en 2016 por la Universidad Nacional de Tierra del Fuego); continuidad reconocida por el propio

autor. Es, sin embargo, una continuidad en un nivel conceptual y argumentativo diferente. El territorio aparece ahora no sólo como producto político de la delimitación de un espacio geográfico-económico, o la materia sobre la que las relaciones de poder operan y de la que se apropian; es sobre todo ámbito de generación cultural donde un grupo de población define su identidad, desenvuelve su existencia cotidiana y se relaciona con otras poblaciones, espacios y culturas.

El autor desarrolla su argumento en tres capítulos (Cartografías, Geoculturas, Geopolíticas) precedidos por dos prólogos (Vilas y Madoery), una introducción y un “Mensaje de cierre: Lo político desde el suelo”.

En **Cartografías** se parte de la producción y reproducción de desigualdades sociales y desequilibrios territoriales entre países, regiones, ciudades por el sistema capitalista, dando lugar a “geografías de consagración” y “geografías de anulación”. Desigualdades y jerarquizaciones que no son daños colaterales sino elementos constitutivos de las relaciones de poder al interior de un país, en el marco de un sistema mundo en el sentido de Wallerstein. Es decir no solo el pensamiento significativo está situado, también está situado el objeto significado por ese pensamiento, que forma parte de un conjunto más amplio, de un sistema jerárquico de relaciones de dominación y subordinación que no se explicita sino más bien se disimula y diluye en esa aparente universalidad.

El pensamiento situado conlleva una crítica del eurocentrismo de las teorías formuladas a lo largo de la historia para dar razón de procesos que fueron singulares, generados por fuerzas particulares en tiempos determinados y en escenarios específicos. Implica una toma de posición. “Responder a la sobrecarga de teorías eurocéntricas requiere asumir una geopolítica del conocimiento, que habilite la reflexión sobre epistemologías y saberes no hegemónicos. (...) el espacio como producto social expresa las interacciones entre sociedad y naturaleza, el conjunto de significados y de símbolo para quienes allí habitan y los desenlaces de las disputas de poder entre proyectos históricos y contemporáneos” (50).

Territorio es el lugar “donde acontece la vida”. Es concepto político antes que geográfico. No hay política sin territorio, sin disputas territoriales, nos dice Madoery. “La política es geo-política y el carácter terrestre resulta un ordenador de la actividad política” (65). La política siempre es territorial porque está situada en un espacio, un tiempo y un ámbito social determinado. Esa territorialidad, agrega este reseñador en el mismo sentido, no es desvirtuada por la globalización capitalista: todos los actores de la misma tienen un claro anclaje territorial a partir del que se proyectan transgeográficamente.

El capítulo **Geoculturas**, de título obviamente *kuschiano*, se inicia con una precisión del significado del territorio en el noruego C. Norberg-Schulz (e indirectamente Heidegger) y el argentino Carlos Astrada. Para el primero, resume Madoery, el *lugar*, es decir ese trozo de

territorio en que el enunciador se encuentra y desde el cual formula sus proposiciones, es una parte integral de la existencia de las personas que se identifican con los espacios tanto desde lo físico como de lo emocional. Los lugares sólo pueden ser comprendidos a través de la fenomenología porque –glosa Madoery– el lugar tiene un carácter y “cuando el hombre mora está simultáneamente localizado en un espacio y expuesto a esa cualidad del ambiente”. Astrada por su lado reflexiona, sobre todo en *El mito gaucho* y en *Tierra y figura*, sobre la importancia del “espíritu del lugar” en el pensamiento argentino y americano, una “filiación telúrica (que) influye para delinear el carácter y la misión de los pueblos americanos” (104).

Desde esta perspectiva el territorio, lugar, espacio, fácilmente deviene mito, creencia fundante, subjetividad. Ya no es simplemente la delimitación del ámbito geográfico donde un grupo humano desarrolla su existencia, sino un relato que organiza la experiencia de vida real e imaginada del grupo hacia un origen y un horizonte también míticos. El lugar, el suelo, la tierra, es parte de una espiritualidad que todo lo engloba. Una concepción, agrega este reseñador, que no es exclusivamente americana ni ancestral. Mosse por ejemplo estudió el resurgimiento del mito de la tierra (*erde*) en la Alemania del siglo XIX, y Gentile hizo lo propio con la recuperación del mito del *littorio* romano en los inicios del fascismo; Carl Schmitt recurrió al mito de la tierra y a su potencia normativa (*Der nomos der Erde*, 1942), y a la confrontación entre *Tierra y Mar* (1950) para asimilar la derrota del Reich –poder territorial– frente a dos potencias marítimas –Estados Unidos y el Reino Unido– silenciando que también el soviético era ejército de una potencia de tierra.

Si la identidad del grupo deriva en definitiva de *su* lugar, la preservación, eventualmente ampliación, del lugar que se ocupa, conduce inevitablemente al conflicto toda vez que no existen territorios vacíos. *El otro*, en cuanto se identifica por el lugar en que está, es un contradictor externo, el conflicto es exterior al lugar en que uno está. Ahora bien: si el territorio es ante todo una dimensión espiritual –el *ser* a partir del *estar*–, la fragmentación del territorio por guerras perdidas, invasiones, pestes, u otras catástrofes, acarrea una diferenciación en el pensamiento del grupo y de las prácticas a través de las cuales el grupo desenvuelve su vida. En América, dice Kusch “las clases pulcras optan por una cultura que no es la propia creyendo en su universalidad” (apud 114). Pero Madoery matiza: pensamiento culto y pensamiento popular “son dos aspectos del pensar y no dos modos diferentes” de hacerlo (117). El primero se aferra a la pseudo universalidad que es en realidad la particularidad de lo europeo/norteamericano; el segundo parte de la particularidad de la realidad concreta, de la propia circunstancia, para entreverarse con el primero. La precisión de Madoery abre las puertas a la hibridez a la simbiosis, frente al orbe recíprocamente cerrado que imagina Kusch. Las nuestras, con sus raíces en lo americano pre-europeo, y a lo europeo vestido de universal e impuesto a lo americano, son culturas híbridas, como les llamó García Canclini, producto de síntesis resignificantes e los ingredientes originales: *Quetzalcóatl* y *Guadalupe* en la magistral formulación de Lafaye. En realidad, todas las culturas lo son, agrega este reseñador, porque todas las culturas son como ríos en un constante fluir. Su formación en ciencias sociales,

particularmente en ciencia política, y su experiencia profesional, permite a Madoery tomar distancia del esencialismo kuschiano.

Esa misma tensión se advierte cuando junto con el mito del territorio se encuentra el mito del pueblo. “Pueblo es lo arraigado, quien siente amor por su tierra, por su suelo que opera como ese domicilio existencial que provee un horizonte de sentido. Es la primera forma de la sabiduría, definida en una relación comunitaria, en un *nosotros estamos* que compone un núcleo vital de arraigo” escribe Madoery (126). No es un sujeto preconstituido “sino que se forja en situaciones que moldean su espiritualidad, configuran su carácter y tipifican su comportamiento” agrega, al filósofo Ardiles (127). Pero también cita a Dussel: el pueblo se constituye en la acción política y se “expresa en crisis de legitimidad y hegemonía, que irrumpe como estado de rebelión” (ibid).

Ahora bien: mientras el pueblo-mito es por definición homogéneo, sin fisuras, el pueblo realmente existente presenta su propia dinámica de diferenciación y conflictividad interna, que se articula a una conflictividad mayor. La posibilidad de alcanzar la unidad real, no mítica, del pueblo depende de la capacidad de ponerse de acuerdo en ciertas cosas para de esa manera potenciar las perspectivas de victoria en el conflicto mayor. La búsqueda de esa homogeneidad interna es, en sí misma, un proceso de discusión y conflicto. Aquí es donde la teoría deviene estrategia política de construcción de poder.

Esta referencia a lo político en la constitución del pueblo abre paso al capítulo más politológico del libro: **Geopolíticas**. “Lo político refiere a las maneras de organizar la convivencia con el otro” a partir de un sistema de relaciones de poder. Geopolítica es el estudio de las relaciones de poder en función de los factores geográficos y sociales (155). Madoery cuestiona la eficacia de copiar o reiterar a determinadas realidades políticas públicas diseñadas en otros contextos y momentos. Si aspiran a ser exitosas las políticas deben ser “políticas situadas”. No niega la utilidad de los grandes principios y declaraciones, pero pone en duda su real eficacia para solucionar los problemas que esos mismos pronunciamientos plantean: “Las políticas situadas permiten modificar el abordaje de las políticas de desarrollo. Los países pueden acordar una guía de acción global, como son los Objetivos de Desarrollo Sustentable, pero el camino de acceso será diferente de acuerdo a cada realidad” (169). No se trata de descuidar esa gran agenda, sino “mejorarla con una tarea más cultural y política” (170).

Proposición que se inscribe en la crítica a los programas de las agencias multilaterales de desarrollo y financiamiento, a la importación de modelos, a la adquisición de proyectos y programas “llave en mano” que tanta frustración y dispendio han generado a través de las décadas –desde el Punto IV del presidente Truman, pasando por la Alianza para el Progreso de la década de 1960 y más recientemente el Consenso de Washington, o a las tentativas de modelar al estilo soviético sociedades que aún eran pastoriles o tribales.

Pero al mismo tiempo llama la atención Madoery sobre los riesgos de un enfoque que se circunscriba a lo particular y arriesgue a una exaltación de lo idiosincrático: “no hay que romantizar la mirada territorial”, porque las articulaciones entre diferentes enfoques y proposiciones resultado de la pluralidad interna del grupo pueden ser, y suelen ser, conflictivas. “El territorio no es únicamente armonía o convergencia; también es desequilibrio, desigualdad, es campo de lucha y también indiferencia, terreno donde formas diversas de los social transitan la cotidianeidad sin conexión entre ellas” (180).

Madoery se distancia claramente de cualquier tipo de mirada esencialista, sin caer en el relativismo. Su posición es realista: ni copia o importación acrítica, ni rechazo xenófobo a lo que proviene de afuera. Si el pensamiento aspira a ser efectivamente situado, debe asentarse en el relieve material y subjetivo de lo real para poder elevarse, sin perder sentido ni relevancia, más allá de la particularidad en la que se inicia pero a la que no puede circunscribirse. Este libro aporta elementos y razones para efectuar ese trayecto.